

ASSAJOS I ESTUDIS

México y su historia centralizada

Mexico and its centralized history

José M. Muría

Colegio de Jalisco

Instituto Nacional de Antropología e Historia de México

Data de recepció de l'original: octubre 2008

Data d'acceptació: gener 2009

ABSTRACT

Given, on the one hand, the diversity of weathers, cultures and idiosincracies prevailing in such country, and on the other hand Mexico's involvement in the process of giving itself more coherence and unity, this work analyzes the incidences and reasons which caused a struggle in the different parts of Mexico for teaching their particular history. The struggle embraces both the ideas of Jean Piaget, who stated that the learning process must begin departing from oneself, and of Jose Gaos, who stated that, the explaining categories and concepts of a reality must be coherent with itself.

KEY WORDS: History of Mexico, history teaching, decentralized teaching.

RESUM

En aquest assaig s'analitzen esdeveniments i raons per a assolir que en les diferents parts d'un país, amb tanta diversitat de climes, cultures i idiosincràsies com Mèxic, implicat en el procés de donar-li major coherència i unitat, s'hagi pugnat per ensenyar la seva història particular, pensant, com Jean Piaget, que l'aprenentatge ha de partir d'un mateix, i com José Gaos, que les categories i els conceptes explicatius d'una realitat han de concordar amb si mateixa.

PARAULES CLAU: Història de Mèxic, ensenyament de la història, ensenyament descentralitzat.

RESUMEN

En este ensayo se analizan avatares y razones para lograr que en las diferentes partes de un país, con tanta diversidad de climas, culturas e idiosincrasias como México, imbricado con el proceso de darle mayor coherencia y unidad, se haya pugnado por enseñar su historia particular, pensando, como Jean Piaget, que el aprendizaje debe partir de uno mismo, y como José Gaos: que las categorías y conceptos explicativos de una realidad deben concordar con ella misma.

PALABRAS CLAVE: Historia de México, enseñanza de la historia, enseñanza descentralizada.

Para Óscar, con Sonia en la memoria

1. INTRODUCCIÓN

En 1960, cuando Jaime Torres Bodet¹ era ministro de educación pública de México por segunda vez, con ánimo de fomentar, facilitar y mejorar la enseñanza, se discurrió establecer un paquete de «libros de texto únicos y gratuitos» que habría de ser de uso obligatorio para todos los alumnos de los seis años de Primaria del país, sin importar que concurriesen a escuelas oficiales o privadas.

Representaba un gran esfuerzo económico pero, se decía, valdría la pena, porque los educandos o los responsables de su crianza no tendrían que hacer el periódico y elevado gasto que ello representaba, se aseguraría que los materiales fuesen de mejor calidad y en cada casa quedarían al menos tales ejemplares para posteriores lecturas.

No importaba que se tratase de familias pudientes y que no tuviera significación mayor para ellas el costo de lo que se les proporcionaba: cada niño escolarizado tendría su dotación.

Había un interés ulterior no muy explícito: que con el tiempo todos los mexicanos, sin importar la multiplicidad de sus orígenes ni la pluralidad que causa la gran extensión y diversidad de su territorio, tuvieran en común un cuadro básico de conocimientos que contribuyera a darle más cohesión a los habitantes del país.

¹ Hijo de catalán y francesa. Era director general de la UNESCO cuando el gobierno de Franco fue admitido en la ONU y, por tal motivo, renunció.

Puede decirse que, en términos generales, los objetivos se cumplieron, a pesar de que no faltaron muestras de resistencia de los grupos más derechistas ni trapacerías de estos para evitar su utilización. Las escuelas que, de manera solapada aunque de todos fuese sabido, estaban en manos de religiosos, no dejarían nunca del todo de recurrir a otros materiales didácticos que atendieran sus particulares ideas confesionales. Los libros oficiales se tenían a la mano, pero con frecuencia sólo se acudía a ellos para cubrir el expediente cuando los visitaba un inspector. Claro que, en tales casos, el gasto a que se obligaba a los padres para comprar otros libros, en general tampoco les afectaba mayormente. Pero casi el 90% del alumnado concurría entonces a las escuelas públicas y, lo mismo que ahora, sus ingresos con frecuencia eran muy limitados.

Vale decir también que, salvo excepciones y a pesar de muchas diatribas de que han sido objeto —en especial los libros de ciencias sociales— propios y extraños acabaron reconociendo la buena calidad de los textos «oficiales». En suma, los mexicanos podemos sentirnos en términos generales muy satisfechos con ellos, aunque, como es de suponerse, han ido cambiando con el tiempo conforme las mutaciones de que han sido objeto los programas de estudio y no siempre el resultado ha sido del todo satisfactorio.

Solamente un hecho, nada pequeño por cierto, le reprobamos algunos, precisamente en lo que se refiere a la enseñanza de la Historia y de la Geografía: su carácter único.

2. HACIA LA UNIFICACIÓN

En este sentido no ha surgido inconformidad alguna con la enseñanza de la Aritmética y de la Geometría y los principios básicos de la Física. Lo mismo podríamos decir de las Ciencias Naturales, de la Historia General y demás... Podemos aceptar, incluso, que la enseñanza de la lengua española sea igual, aunque se haga caso omiso de tantas modalidades regionales como existen en México; a fin de cuentas es importante pugnar por una lengua común, pero ¿no debe pensarse también en las principales lenguas indígenas y el valor de las variables regionales?

Cada idioma significa una enorme fuente de riqueza conceptual y, sin duda, constituye una grave pérdida para todo el mundo si se da el caso de que llegue a desaparecer o simplemente de que se empobrezca. Aunque, en este sentido, vale aceptar que no han faltado instancias oficiales solidarias con la

protección de las lenguas indígenas, aunque debe reconocerse también que no han sido ni muy generosas ni, mucho menos, suficientes.

Por otro lado, conocimientos básicos y generales de la geografía mexicana pueden establecerse en un solo libro, mas resulta evidente que en un país de dos millones de kilómetros cuadrados, con todos los climas posibles y prácticamente cualquier tipo de vegetación, cada una de las partes o, al menos, quienes habitan en las diferentes regiones en que, con los criterios que se quiera, se divide físicamente la República Mexicana, requieren de estudios particulares que permitan a sus habitantes disponer de un conocimiento específico y superior al que tengan del resto del país.

Tal vez no resulte necesario hacer el símil de que podemos tener noticia de muchas ciudades, pero aquella en que vivimos requerimos conocerla con mucho más detalle.

Lo mismo podría decirse de la Historia Nacional. No obstante, aceptamos, cuestionándolo muy poco y con escasa energía, la enseñanza de la historia general de México con una visión centralista y centralizadora, según la cual, los acontecimientos y los fenómenos ocurridos a lo largo y ancho de la República solo adquieren la relevancia y el mérito necesario como para ser tomados en cuenta cuando afectan de manera directa la vida del centro de México y de su capital.

De esta manera, la conciencia histórica de quienes viven en la periferia, o lo que denominamos «la provincia» o, lo que resulta peor, «el interior», se desarrolló imbricada con unas nociones de que, o la historia de México —y México mismo— nada tenía que ver con ellos o lo importante era nomás lo sucedido en el «corazón del país». No en vano *México* quiere decir «en el ombligo de la luna» o bien el centro del universo. Por tanto, lo que les tocaba a los provincianos era seguir la pauta; es decir: obedecer. En consecuencia, quien tenía deseos de participar no tenía más remedio que trasladar su residencia al Distrito Federal.

No se sabe qué resultó peor: la automarginación o la dependencia. Una, por la falta de compromiso de los llamados también ciudadanos «foráneos» y su frecuente desarticulación con el devenir o desarrollo general; la otra, por la ausencia de iniciativas y creatividad, en espera de que las soluciones siempre tuvieran a bien llegar del Centro.

Sino fuera porque la expresión está pasada de moda, aunque no por ello pueda decirse que su contenido se haya superado, podríamos hablar de un auténtico colonialismo o imperialismo interno.

Asimismo, como complemento, se produjo en el Centro —que, por cierto

creció desproporcionadamente dando lugar a muchos problemas de otro tipo— el menosprecio por quienes se sentían ajenos a él y se abusó sobremanera de quienes estaban a la espera de sus indicaciones y disposiciones. Con excesiva frecuencia se tomaron medidas sin conocimiento de causa suficiente. De esta manera, lo que pudo resultar oportuno y adecuado para un sitio determinado, pudo ser del todo inapropiado para otro, en virtud de las condiciones tan diferentes: de manera que las medidas resultaron un completo y costoso fracaso.

Un solo ejemplo cuantificable: hace unos treinta años, en un pueblo del norte de Jalisco llamado Santa María de los Ángeles, una instancia del gobierno federal discurrió la construcción de un gran centro polideportivo que, en rumbosa ceremonia y la concurrencia de todo tipo de autoridades, le fue entregado a la población.

Entre otros servicios, la dicha «Unidad Deportiva» contaba con una pista reglamentaria de atletismo que rodeaba un campo de fútbol, ante las cuales se desplegaba una tribuna para unos cuatro o cinco mil espectadores... ¡Todo estaba muy bien! Solo que el municipio aquel no tenía entonces más de dos o tres mil habitantes, en su mayoría de la tercera edad y hasta de la cuarta.

Dejada bajo el cuidado del pueblo, obviamente sin recursos suficientes para mantenerlas en buen estado, las dichas instalaciones pronto empezaron a dar muestras de deterioro y abandono, lo que ocasionó que, «en virtud de su falta de interés», no se le construyera al pueblo un pequeño rastro para la matanza de vacunos y porcinos y un aula de 60 metros cuadrados para su Escuela Primaria, que les hacía mucha falta y habían estado solicitando desde hacía tiempo...

Dicho menosprecio y la dicha ineficiencia contribuyeron sobremanera a que se perdiera la buena relación habida entre las provincias y la capital.

Todavía durante los años sesenta recuerdo que formaba parte del patrón de conducta de mi ciudad dejar todo pendiente cuando se trataba de bien atender a quien venía de la capital. Incluso, fuera cierto o no, era una excusa valdadera decir que no se había podido cumplir un determinado compromiso con el argumento de que «tuve gente de México».

Años después, al fin de una ausencia de casi diez años de Guadalajara, a mi regreso me encontré con la frecuencia de esta frase, terrible como quiera que se vea, aunque se argumente que hay una buena dosis de broma en ella: «Haga patria: mate un chilango [residente de la capital]». O también el consecuente gracejo que no ayudaba a suavizar el aserto principal: «No los mate, porque vienen los parientes al velorio y se quedan».

Así, la exclusividad de tal enseñanza de la Historia invalidó la posibilidad de que el aprendizaje de dicha materia contribuyera a darle cohesión a los

mexicanos mediante la identificación de lo que les resulta propio y de lo que no lo es, así como de saber encontrar las semejanzas y coincidencias de intereses, respetando las diferencias compaginándolas y aprovechándose de ellas. A fin de cuentas, si los parecidos fortalecen, las diferencias deben de ser un motivo de enriquecimiento. Mas para ello es necesario identificarlas, conocerlas, entenderlas y saberlas apreciar.

Cuando dos conglomerados humanos, igual que en el matrimonio, no saben o no pueden convivir más vale que «pinten su raya» y cada quien a su casa. Para pertenecer a la misma entidad política o, en el caso contemporáneo, al mismo estado nacional, resulta indispensable saber, valorar, respetar e, incluso, aprovechar las tales diferencias.

Por otro lado, dejar a «los provincianos» fuera de la Historia y hacerlos ajenos a ella ha coadyuvado a debilitar las defensas nacionales y nos ha hecho presa más fácil de patrones de conducta inconvenientes a nuestra naturaleza y contrarios a nuestra conveniencia.

Un solo ejemplo: el cambio de hábitos alimenticios por otros peores ha provocado que la obesidad, no obstante ser el nuestro un país generalmente pobre, se convierta en uno de los principales problemas de la salud pública.

3. EN CONTRA DE LA IMPOSICIÓN

Pensando en la necesidad de combatir ese referido colonialismo y estas consecuencias, vale invocar a José Gaos², español de nacimiento, el último rector republicano de la Universidad de Madrid y convertido en la mejor insignia de la migración española a México, como resultado del triunfo de los franquistas, golpistas, insurrectos fascistas o como quiera llamárseles. Todo, excepto el nombre que se dieron, «nacionales», que era el menos apropiado por lo que de respetable tiene el nacionalismo cuando no se convierte en instrumento de una dictadura y niega las libertades y el gran valor de las diferencias.

Establecía Gaos que «una tendencia general del espíritu humano mueve a los descubridores de conceptos o categorías de un sector de la realidad universal» a considerar que pueden ser válidos también para otros sectores o, incluso, para el universo entero³.

² José Gaos González Pola nació en Gijón, en 1900. De familia valenciana. Murió en México en 1969, definiéndose como «transterrado». Había llegado en 1939.

³ «Notas sobre la historiografía». A: *Historia Mexicana*. México. El Colegio de México (36). Vol. 4. Abril-junio de 1960, p. 481-508, nota 51 (se ha publicado en otras partes ulteriormente).

Dicho de otra manera: hay que tener cuidado de darle valor universal a conceptos o categorías emanados del estudio particular de una circunstancia precisa y determinada. Valen las comparaciones, pero no las imposiciones.

En sentido estricto, un valor universal relativo o tentativo sólo puede atribuírse a ciertos conceptos cuando se les haya probado el éxito en muchos sectores de la realidad y un valor universal indubitable cuando quede clara su eficacia en todos y cada uno de ellos...

Hay muchos casos, es cierto, en que «transterrar» conceptos y categorías o llevarlos de un tiempo a otro puede resultar eficiente para la comprensión y el entendimiento de otra realidad, aunque sólo si se trata de situaciones muy parecidas.

A Gaos le preocupaba especialmente que «las divisiones y subdivisiones de la materia histórica» no le fueran impuestas al estudioso o al estudiante «desde un antemano extrínseco», sino que le fueran sugeridas «por la articulación con que lo histórico mismo se presenta»⁴. Esto significa que la división temporal, por ejemplo, o de cualquier otra índole, no puede considerarse absoluta ni válida por doquier.

En la historia de México se ha definido una *periodización* general que señala el fin de la vida prehispánica a partir de 1519, cuando Hernán Cortés irrumpió con sus huestes en la ciudad de México. En ese momento, se dice y se cree a pies juntillas, comienza la Conquista y la Época Colonial. La pregunta es ¿cómo encaja en esta concepción de la Historia, la de Jalisco o la de Yucatán, cuyas conquistas sobrevivieron, respectivamente, una y dos décadas después? O, si al lector le parecen pocos esos diez o veinte años ¿qué hacer con la península de Baja California y el estado de Sonora, en el Noroeste, donde los primeros españoles, salvo apariciones esporádicas y del todo intrascendentes, no hicieron acto de presencia hasta casi doscientos años más tarde...?

En consecuencia, bien decía Gaos que:

En ningún sector de la realidad pueden tener éxito teórico ni práctico más conceptos o categorías que los autóctonos de él.

Tanto la investigación como la enseñanza de la Historia deben aprender precisamente a resistir la tentación de caer en tales generalizaciones e imposiciones y a esforzarse por descubrir los conceptos o categorías autóctonos de cada sector de la realidad⁵.

⁴ *Op. cit.* nota 50.

⁵ *Ibidem*, nota 51.

Consta que a Gaos le preocupaba el *eurocentrismo* que ha prevalecido en la concepción de América, tanto en quienes la han visto y mal conceptuado desde Europa, como aquellos que, desde la propia América, no han hecho más que verla reflejada en el espejo europeo, con la consecuente deformación y desestima de lo propio y, sobre todo, el sometimiento intelectual que ello implica.

Estoy seguro que *mutatis mutandi* veía bien el mismo planteamiento hecho a la historia de México desde una perspectiva excéntrica, dado que, en síntesis, lo que proponía era que se buscara y enseñara un conocimiento histórico sólidamente basado en la realidad y que sirviera para comprender mejor la sociedad e influir en ella de la manera más conveniente posible.

Cierto es que, cuando la perspectiva es ajena, ajenas son también las pretensiones y las conveniencias. Sin embargo, como bien dice Miguel León-Portilla, hay que estar atentos al riesgo del chauvinismo y más aún al de una solapada xenofobia, que serían tan o más contrarios a la comprensión histórica como el eurocentrismo o cualquier forma de centralismo⁶.

No se trata de menospreciar ni soslayar lo que pueden hacer otros sobre el propio pasado ni con el propio pasado, pues a fin de cuentas la historia toda está intrínsecamente relacionada entre sí y las explicaciones de los fenómenos pueden aparecer por doquier, dentro o fuera de casa. En lo que se insiste es en que cada sociedad tiene derecho a tener la propia perspectiva de su historia alcanzando, eso sí, todo «su universo» y no únicamente concretándose de manera estricta a su espacio físico.

Un ejemplo espléndido nos lo ofrece la *Microhistoria de San José de Gracia*, aparecido en 1968, de la autoría de Luís González y González, historiador destacado de El Colegio de México y vástago de aquella población que, antes de que el dicho libro se publicara, nadie sabía de ella e incluso con frecuencia estaba hasta mal puesta en los mapas.

El propio González decía que San José era «la insignificancia histórica en toda su pureza... la nulidad inmaculada» donde no había ocurrido hecho alguno «de los que levantan polvareda». Era «la pequeñez típica»⁷.

¿A qué viene, pues, que su éxito editorial haya sido mayúsculo? Se ha editado infinidad de veces en México y se ha traducido a más de diez idiomas.

⁶ LEÓN-PORTILLA, Miguel. «Respuesta». A: *Centralismo e Historia*. [Discurso de José M. Muría para ingresar como miembro de número a la Academia Mexicana de la Historia, el 3 de agosto de 1993].

⁷ GONZÁLEZ, Luis. *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. 2ª. México: El Colegio de México. 1972. p. 2 *passim*.

Pueblo en Vilo se nos ofrece como una historia universal de San José de Gracia, en el estado de Michoacán, pero vecino a Jalisco y más bien dentro de la zona de influencia de Guadalajara. Su pasado no está visto desde la ciudad de México ni desde Morelia, la capital de Michoacán, sino desde la plaza del pueblo. No se trata, en sentido estricto, de una historia *del* pueblo, sino de una historia *desde* el pueblo en cuestión, que llega hasta «donde la vista alcanza» o, dicho de otro modo, hasta donde llega la necesidad de ayuda para entender lo que ahí ha sucedido.

No es pues una historia marcada por «el ritmo nacional» ni su periodización ni demás conceptos y categorías, sino por ella misma, muy bien relacionada, eso sí, con el entorno general.

El caso de este libro constituye un monumento de cómo un texto historiográfico alteró la dinámica de una población que ahora se ha convertido en una verdadera cabecera regional. Lo cierto es que sus habitantes cobraron una mayor conciencia de sí mismos. No por ello han dejado de ser menos mexicanos, al contrario, de ser una rémora han pasado a convertirse en un auténtico motorcito comarcal.

Para que la historia sirva a un proyecto nacional debe estar en verdad imbricada con la propia realidad y abandonar la idea de una sociedad uniforme. No hacerlo, dice Guillermo Bonfil Batalla, uno de los antropólogos más importantes del México reciente, implica el riesgo de acelerar la descomposición interna, aventurar las contradicciones, alentar las fuerzas centrífugas que no son convergentes sino divergentes de la propia idea de nación independiente y derribar los muros que, aunque seriamente debilitados hoy, todavía nos permiten aspirar a que la dependencia no se transforme en disolución del país⁸.

Reconocer el pluralismo y proceder a la consecuente búsqueda del respeto a la diversidad, exige una real y pronta descentralización del poder, de las decisiones y de la concepción de lo que representa la nación. Lo que se requiere es crear las condiciones para que la realidad se transforme con base en las propias capacidades y permitiendo la expansión de tantas fuerzas creadoras que no han podido explayarse en virtud de que la dominación interna les ha escamoteado el espacio y los recursos necesarios.

No puede prescindirse del capital activo que *todos* los mexicanos hemos heredado:

⁸ BONFILL BATALLA, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*. México: CIESAS-SEP. 1987. (Foro 2000), p. 235.

No solo los recursos naturales sino también las diversas formas de entenderlos y aprovecharlos, a través de conocimientos y tecnologías que son la herencia histórica de los diversos pueblos que componen la nación⁹.

En México, ligados estrechamente entre sí por un pacto federal que concentra sus poderes en el pequeño Distrito correspondiente, hay 31 estados que, según la Constitución de 1917 y su antecesora de 1857, son «libres y soberanos» en muchos asuntos internos. Sin embargo, las atribuciones y posibilidades de relativa autonomía en sus cuestiones particulares fueron, en múltiples sentidos, letra muerta durante muchos años gracias a una urdimbre de disposiciones y reglamentos que convertían a los gobiernos estatales en simples administradores de las disposiciones del Gobierno Federal.

Antes de 1960 había en casi cada estado libros para enseñar la particular historia y la geografía de cada uno, y aun hasta de algunos municipios importantes. Del Distrito Federal, no. Era de suponer que la «historia nacional» que se cursaba y enseñaba en todo el país satisfacía las necesidades de los residentes en su capital.

Cabe aceptar que, desde cualquier punto de vista, aquellos libros eran de pésima calidad. Salvo en alguna excepción, sus autores solían ser curas de nula preparación pedagógica y menos capacitación profesional historiográfica, preocupados por subrayar el recuerdo de correligionarios meritorios, fenómenos sobrenaturales y acciones de civiles a favor de su tendencia conservadora. Con frecuencia perpetuaban errores y, sobre todo, atiborraban al pobre lector de fechas y nombres de «venerables» y «reverenciabiles». Era, sin duda, una manera de contrarrestar la visión laica que dominaba en la enseñanza oficial de la Historia.

Argumentos pedagógicos no faltaban para suprimir el uso de tales textos, aunque, como dije, subrepticamente pervivió su uso durante un buen tiempo. Pero el contraste con los textos gratuitos acabó por darles la puntilla.

Lo que no ocurrió, entre otras cosas porque había muy pocos recursos humanos competentes para ello, es que las historias locales, tachadas generalmente y con justicia de clericales, beatas y deficientes, fuesen sustituidas por escritos de historia local o regional con un mínimo de competencia y nivel semejante al de los oficiales.

El soslayo de la historiografía formal, no solo de tema local sino con una perspectiva local, venía desde tiempo atrás, en virtud de que los historiadores con toda la barba de filiación provinciana se habían sumado a las filas capita-

⁹ *It.* p.12.

linas, no sólo porqué se fueron a residir a la capital en pos de las mejores condiciones de trabajo que ofrecía, sino porque se integraron plenamente a su perspectiva y búsqueda de objetivos *unitaristas*.

4. PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA REGIONAL

A partir de 1960, pues, la enseñanza de la historia y la geografía específica de cada región quedó prácticamente proscrita y hasta se consolidó la consideración de que quienes se enfrascaban en su estudio eran de menor condición y capacidad que los historiadores «nacionales». Había arraigado profundamente la idea de que, quien se dedicaba a temas locales era porqué en realidad carecía de los arrestos suficientes como para emprenderla con temas de verdadero «valor nacional».

Hasta entonces ni siquiera había sido posible hacer estudios académicos y formales de Historia fuera de la capital del país. La primera universidad «foránea» que los instauró fue la de Guadalajara, en la capital de Jalisco, a partir del 5 de febrero de 1957, pero más bien con la idea de enriquecer los aprendizajes de otras carreras y capacitar profesores de historia para bachillerato. No fue sino hasta mediados de 1969 cuando se comenzó también a pensar en la capacitación de estudiantes para la investigación. Quiero decir que durante su primera década esta escuela y algunas pocas que fueron surgiendo (Monterrey, Guanajuato, Morelia, Toluca, etc.) se consagraron a la reproducción de la bibliografía capitalina y, por ende, a fomentar la visión centralista del pasado mexicano, con el consecuente menosprecio o desprecio por el estudio del pasado de la propia región.

Al comenzar la década de los años ochenta, un domingo en la mañana, me topé con un probo y estimado abogado de Guadalajara en la Plaza de la Constitución —el llamado Zócalo— de la ciudad de México. Hombre responsable y preocupado por su familia, había hecho un viaje especial para que sus hijos conocieran la Capital y, desde el centro de la grande y magnífica plaza, flanqueada por la enorme catedral, el gigantesco palacio que fue de los virreyes y el antiguo ayuntamiento, en tono solemne le espetó a sus vástagos:

-Hijos, aquí está la *verdadera* historia de nuestra patria.

La crisis se la provoqué cuando, después del saludo de rigor, le pregunté si la nuestra, la de Jalisco, era una historia *falsa*.

Poco tiempo después, en una concurrida reunión presidida por el viceministro de Educación encargado precisamente de la enseñanza media, desarro-

llé como mejor pude para la historia aquellos preceptos de Jean Piaget sobre el aprendizaje a partir de uno mismo y como, los niños y niñas, van emprendiendo y ampliando el conocimiento de su universo: su cuna, su familia, su casa, su calle, su barrio, etc.

Mutatis mutandi, decía yo, después de hacer un poco de historia de cómo se habían ido abandonando las historias locales y regionales al término de la Revolución Mexicana de principios del siglo XX, con ánimo mal entendido de darle solidez a la unidad nacional con base en la ignorancia de las diferencias reales del país, habría que encauzar a nuestros educandos a que su aprendizaje del pasado de su sociedad siguiera la misma ruta explicada por Piaget.

La respuesta del importante personaje, después de decirme, por cortesía, que era «muy interesante» lo que le había dicho, fue la siguiente:

-Si *perdemos el tiempo* estudiando Historia de Jalisco, ¿a *qué horas* aprenderán los niños Historia de México?.

Cuando me tocó el turno de responder a las preguntas y a los comentarios suscitados por mi participación, me lo quedé viendo fijamente con ojos amenazadores y con palabras muy suaves le dije lentamente:

-Según entiendo, señor licenciado, para usted la Historia de Jalisco no forma parte de la Historia de México. Le adelanto que, con este criterio, no tardará en llegar el día que para ir usted a Jalisco necesitará llevar el pasaporte y, si de mi depende, le negaré la visa con mucho gusto.

El alboroto que se armó en la sala fue mayúsculo pero, curiosamente, no obstante que estábamos en su cancha y el señor detentaba un cargo muy importante, me pareció que la mayoría de los asistentes se había puesto de mi parte.

Con el tiempo, a diferencia de señorones de otras latitudes, el entonces viceministro, me confesó que ese día aprendió una gran lección.

Menos de diez años después, desde otra posición, tal vez inferior pero más útil, coadyuvé a que la materia de Historia y Geografía de Jalisco apareciera en el tercer año de Enseñanza Secundaria, que es la primera parte del bachillerato. Luego se hallaría también en la segunda, la llamada Preparatoria, que depende normalmente de las universidades y, finalmente, aún con mucha timidez, se empezó a hablar del tema en tercer año de Primaria.

¡Claro está que en cada uno de los 31 estados se trataría de lo suyo!

En algunos lugares se han hecho las cosas mejor que en otras, gracias a la infraestructura de que se dispuso. Jalisco fue de los mejores porque se había andado mucho camino en cuanto al estudio su propia historia con base en profesionales de la misma que se empezaron a forjar fuera de ahí, pero se agruparon en diferentes instituciones locales: durante los años setenta en la delega-

ción del Instituto Nacional de Antropología e Historia, luego en la Universidad de Guadalajara; después, a partir de 1991, sería El Colegio de Jalisco la sede principal, no sólo promoviendo investigaciones y publicando sus resultados, sino incluso llevando a cabo un vasto programa hebdomadario de capacitación del magisterio de todo el estado, que a la fecha supera ya los diez mil egresados. Esto es, se enseñó a los maestros lo que debían enseñar y hasta se prepararon los materiales didácticos necesarios que han servido de modelo para muchos otros lugares.

Quiero volver, para terminar, a los años setenta, cuando puede decirse que recomenzó desde el mero principio la investigación de la historia del occidente de México. No fue poco lo que hubo que hacer, desde salvar los papeles que estuvieron a un *trís* de convertirse en cartón y que pasaron a ser el pie de cría del Archivo Histórico de Jalisco; recuperar lo que se habían llevado a otras ciudades; salvar de la desaparición el Archivo Municipal de Guadalajara, hasta formar catálogos de documentos y folletos importantes y útiles que estaban en la Biblioteca Pública de Jalisco, la cual ha sido un verdadero desastre hasta la fecha, aunque una fuerte luz se ve en el ya cercano final del túnel. Obviamente se trabajó en estudios puntuales básicos y, finalmente, en 1982, vieron la luz cuatro grandes tomos de *Historia de Jalisco* del que han emanado muchos, pero muchos, estudios del pasado regional que, a su vez, contribuyen a su conocimiento. Igualmente se han preparado síntesis de dicha obra en diferentes tamaños, incluso en forma de tiras cómicas.

Cuando llegó el momento, pues, de llevar nuestra historia particular a la educación pública y generalizada, había ya tela suficiente y personal de sobra para diseñar lo que habría de hacerse, capacitar a quienes habrían de hacerlo y respaldar con material didáctico quienes lo han estado haciendo.

Sin embargo, no todos los estados mexicanos se han desarrollado tanto en este campo. Creo que Jalisco es uno de los mejores, aunque hay otras entidades federativas en las que se ha trabajado mucho también.

Los resultados, después de tres lustros de dicha enseñanza, a pesar de que no faltan todavía quienes se opongan a ella, generalmente, por responder a intereses muy particulares y casi individuales, dada su ignorancia de la materia y su consecuente incapacidad para participar en su enseñanza, pueden decir que los jaliscienses están empezando a dar muestras de una mayor conciencia general de sí mismos; esto es, que en su imaginario colectivo se ha introducido una mejor noción de quienes han sido y de todo lo demás.

Podemos estar seguros de que el sano, aunque tardío proceso descentralizador que se ha desarrollado en México en los últimos años, quiéranlo o no en

el Distrito Federal, en buena parte se debe a la mayor conciencia histórica regional que se ha logrado generar.

Lo malo es que no todos quienes viven en Jalisco han pasado por tal proceso de enseñanza. Guadalajara, por caso, es una ciudad en la que los inmigrantes de otras partes de México son muchos y residen en ella sin conocimiento sistemático de su historia. Es este un tema que debería atenderse a efecto de que todos dispongan de más y mejores elementos para establecer una mejor convivencia.

Finalmente, tenemos claro que, de no haberse llevado a cabo este trabajo de enseñar la historia y la geografía regional a quienes habitan aquí, el deterioro de nuestra comunidad sería mucho mayor que el provocado por la crisis general que vive en estos tiempos el conjunto de la Nación Mexicana, precisamente como resultado de no haber desarrollado oportunamente una mejor conciencia de sí misma.